

En uno de ellos acerté a detenerme en una calidísima tarde del mes de Agosto. Las eras palpitaban con todo el fragor del trabajo, llevado a los últimos límites de la resistencia. Sabido es que el labriego, en ese momento de su vida, mira más al cielo que a la tierra, no sólo porque en el cielo está su guía, sino porque la aparición de una nubecilla, allá lejana, puede ser el anuncio de su ruina. Esa nubecilla tal vez se extienda prodigiosa y rápidamente. Y cruje la techumbre y tiemblan los montes, y cae el aguacero, cuando no es el granizo. ¡Pobres gentes las que han labrado todo el año los inicuos surcos, donde todo es esfuerzo, y nada es recompensa!...

Si el azar les libró de tantas y tantas causas de desastre, cuando por milagro meten la hoz en los trigales, aun les angustia las inquietudes del último momento... Y, en la tarde de que hablo, el cielo azul se cubrió de nieblas de modo inesperado. Afanáronse vertiginosamente los que limpiaban el grano, lanzándolo al aire con los bieldos. Sonó un trueno. Brilló un relámpago, descendió el diluvio...

Y en ese momento, cuando yo asistía entristecido a la desesperación de la aldeita, vi pasar cerca de las eras a un hombre de pelo rojo, mal vestido, con prendas sucias y ruines, apoyado en un garrote... Todos le saludaban, hasta los que apenas tenían ya fuerzas para resistir la catástrofe meteorológica... —¿Quién es?... Me contestaron. Un nombre. No lo recuerdo. Ni importa la recordación. Lo que quedó en mi alma fué la memoria eterna de cómo pronunció ese nombre el labriego a quien yo había interrogado.